

## ¿CÓMO SE HACE UN FUTBOLISTA?

---

**Sara Kapkin Sierra**

Máster en Periodismo por la BCN NY de la Universidad de Barcelona.

“En todas partes donde llegábamos nos decían los costeños y nos trataban raro, en el barrio mera bronca. Una vez estábamos jugando micro y llegaron unos pelaos y dijeron: vamos a ver qué tienen estos costeñitos —cuenta Jairo—. Jugamos un partido contra ellos y les pegamos una paliza que nunca más volvieron a jugar con nosotros”.

-!Si, les metimos una goleada! —añade Rodin.

—Y ahora, cuando nos ven llegar a la cancha se van, les da miedo jugar con nosotros, y si no nos dicen que nos repartamos, que todos juntos no, asegura Jhair.

Rodin, Jairo y Jhair hacen parte de un grupo de diez niños entre los 13 y 17 años que, acompañados por Leonel, su entrenador, dejaron su natal Chigorodó por venir a Medellín a cumplir el sueño de ser futbolistas. “Yo escogí 19 jugadores —indica Leonel—, cualquiera no podía venir. En un principio era quienes tuvieran la capacidad económica, pero una vez estando acá y midiéndose al nivel de juego, entre el padre y el jugador decidían si valía la pena luchar o se devolvían”. Al final llegaron 17 en enero, y entre ires y venires, y dificultades económicas, se han ido diez y han venido otros.

Hoy en la casa del barrio Pachelly, en Bello, municipio limítrofe de Medellín, viven Jhair Martínez, Juan Carlos Peña, Jhon Fredy González, Yeison Ramos, Andrés Moreno, Jorge Manco, Anderson Tilano, Jairo Suarez, Bairon José Ardila y Rodin Suárez, una amiga que ayuda con las labores del hogar y Leonel y Arley, los entrenadores, aunque Arley viaja constantemente a Urabá.

Muchos no se conocían antes de venir, pero han logrado crear un ambiente tranquilo y solidario que los ayuda a sostenerse, porque todos tienen el mismo sueño y casi las mismas respuestas, por eso aseguran casi al unísono que están aquí porque hay más oportunidades, que les gustaría sacar a la familia adelante, que lo hacen para tener un mejor futuro, que lo que más extrañan es a su familia, y quisieran ayudar a los que no tienen con qué, montar una escuelita, y ayudarle al profesor, que conocieron el fútbol casi todos por el papá o porque en todas las familias hay primos o tíos que también juegan al fútbol aficionado, que juegan fútbol desde que tienen unos diez años, y admiran a Ronaldinho, Cristiano Ronaldo y Neymar, y que lo más difícil de ser futbolistas es los lunes “porque ese día no tocamos un balón, el entrenamiento es solo físico”, y se ponen a reír.

Rodin es el mayor de los jugadores, y aunque la edad es algo que puede jugar en su contra, él, que desborda confianza, no se preocupa mucho. “Mi papá siempre me dice: mijo, usted juega bien. Así haya jugado mal él me motiva. Y eso es lo que lo mantiene a uno acá”, por eso el hace lo mismo con Jairo, su hermano menor.

Con el pelo engominado para darle unas curvas perfectas a sus crespos, Rodin, sentado en las gradas, ve con emoción cómo Jairo, su hermano menor, entra a la cancha ya empezado el segundo tiempo. No estaba seguro de que su hermano pudiera jugar porque había perdido varios entrenamientos por una enfermedad en los oídos que lo mantuvo dos semanas por fuera de las canchas.

Con el número 36 a su espalda, entra Jairo. La camisa verde le llega a la mitad de los muslos y apenas deja ver la pantaloneta azul; el pelo suelto lo acomoda detrás de las orejas para que no le estorbe en la cara, y lleva puestos unos guayos rojos con azul que le regaló Andrés, el entrenador que lo escogió para jugar en Real Antioquia cuando llegó de Chigorodó. Pisa la cancha y da tres brincos en el mismo sitio, un ritual entre calentamiento y agüero, y se ubica en la mitad del campo. El partido va empatado a dos goles.

—Él es puro pase preciso, eso siempre le ha dicho mi papá —comenta Rodin.

Algunos en la tribuna le gritan Peluca; mientras tanto Jairo, que parece tímido, empieza a meterse en el partido. Manda un primer pase al vacío, pero su compañero no llega. “Sito, vos sos el seis”, le grita su hermano, recordándole que tiene que marcar, cortar el juego contrario, iniciar juego para su equipo, hacer pases, salir jugando. Y lo hace, hasta se atreve a hacer un caño, pero el marcador no se mueve más y el partido termina empatado a dos goles.

Jairo y Rodin quieren cumplir su sueño, y el de su padre, y su madre y su hermano. En la casa de los Suárez todos son futbolistas. Antes de que la madre empezara a trabajar arreglando uñas, también jugaba fútbol, pero ahora, debido a su trabajo, esta retirada de las canchas. El hermano menor, Jairo Enrique, también es un asiduo futbolista, pero se vio obligado a retirarse de las canchas apresuradamente. “Nació con problemas en la rodilla, y en un partido tuvo un choque jugando con un pelao más grande y se lo detectaron. El lloró. También quería ser futbolista”, cuenta su hermano mayor. Jairo Enrique tiene quince años, dos menos que Rodin y dos más que Jairo, y es quien acompaña a sus padres en Chigorodó.

Pero es de Don Jairo Suárez, el padre, de quien más han heredado el amor por el fútbol; les ha enseñado lo que sabe del juego, los ha hecho disciplinados, pero sobre todo confiados de lo que son, de sus habilidades. “Mi papá nos decía: vengan pa que vean jugar al maestro”, recuerda Rodin. Don Jairo trabaja como empacador en una de las empresas bananeras que hay en el municipio, y juega con el equipo de la empresa; sus hijos y su esposa siempre iban a verlo jugar.

Mientras el “maestro” jugaba, los hijos vendían frutas en la cancha: “Nos íbamos con un tarro de mangos y de patilla”, cuenta Rodin.

Además, todos los sábados y domingos los tres hijos y el padre solían ir a jugar a las seis de la mañana. “Tres semanas antes de venirnos —recuerda el mayor de los hermanos— fuimos a jugar. Como nos faltaba uno en el equipo para poder jugar de a cinco, metimos a otro man, y ese man que entró le mandó un balazo —un pase muy fuerte— a mi papá y mi papá ¡puf! —lo imita Rodin dándose una palmada en el pecho para señalar donde su padre había recibido el pase—, lo paró así, fue que lo cogió de una manera que yo no sé cómo hizo —relata el chico con orgullo—, luego remata y golazo. Yo fui y lo abracé, es que hubieran visto”.

Pero Don Jairo Suárez nunca tuvo la oportunidad de salir de su pueblo a mostrarse, por eso “el mejor jugador del mundo”, como aseguran sus hijos, nunca pudo ser profesional.

“En Chigorodó hay pocas posibilidades, si se quedan allá les toca ser muy buenos, ir a un torneo departamental, y que en ese torneo haya alguien que los vea y los fiche, y si ese día no fue su día y no jugaron bien, no los ficharon, se devuelven para Chigorodó y no pasa nada. Así suele suceder”, explica Diego, exfutbolista y también entrenador de Real Antioquia, donde juegan Jairo y Jhair.

Los abuelos de los “pibes”, apodados así porque ambos tienen unos crespos rubios, casi tan crespos como los de Carlos “el Pibe” Valderrama, nunca quisieron apoyar a su hijo. Le prohibieron el fútbol y lo castigaban cuando iba a jugar. “Era derecho y se dobló el dedo chiquito del pie y jugaba con la izquierda, nunca le dijo a los papás que tenía ese dedo malo, y caminaba cogiendo, aunque trataba de disimular. Todavía tiene el dedo así. Y aprendió a jugar con las dos piernas, tiene un enganche nítido, él dice que a él lo buscaban mucho, pero ya después de viejo no más. Él tenía mucho futuro, la gente me dice que él jugaba mucho”, cuenta el mayor de los hermanos.

Entonces los abuelos ahora saben que no pueden acabar con el fútbol, que ese deporte le corre por las venas a todos los Suárez, y por eso ahora están comprometidos y ayudan a la manutención de los “pibes” en Medellín.

Mensualmente cada una de las familias debe mandar ciento veinte mil pesos, que solo alcanzan para el alquiler de la casa, el mercado y los servicios públicos. No es mucho presupuesto para una casa de trece personas, entonces la comida no es un manjar, y algunas veces han tenido que sustituir la carne con Carve. “Es un tema que a la vez le da risa a muchas personas pero es lo más duro de estar acá —dice el profe Leo—, porque aunque se trate de hacer una comida buena, casi nunca la va a sentir uno como la que hace la mamá en la casa, eso es un tema que pesa mucho, la cantidad que se sirve allá y a lo que se reduce acá”.

—En la casa uno si quiere repite, come como quiera, y acá no. Acá le toca a uno comerse lo que haya —asegura Anderson.

—Ahh, y el Carve sabe muy feo —dice Jairo

—Había un perrito y le dábamos el Carve a él —agrega Jhair.

Por la misma falta de presupuesto, entre todos tomaron la decisión de caminar; diariamente van al colegio, que queda a unas cuadras de la casa, pero lo duro es caminar tres veces por semana a los entrenamientos. “Bajando nos demoramos 40 minutos, y subiendo, depende del hambre que se traiga —asegura el profesor—, porque si venimos con mucha hambre caminamos rápido”. Los entrenamientos son lunes, miércoles y viernes, “en parte por lo lejos que estamos de la cancha —comenta Leonel—; meter un cuarto día es recargarlos demasiado”. Los fines de semana son los partidos.

“Yo estaba tan asustado cuando venía para acá, que me entró vomitadera, mareo, de todo. Yo no me quería subir al carro, nos sentamos en la acera y vomitaba para un lado sin que mi papá se diera cuenta —recuerda Rodin—. Cuando llegó el carro se me quito todo de una, sentí como una energía”. Antes de partir, don Jairo y Jairo Enrique los despidieron: “Con toda mijo, duro”, —dijeron, y levantaron los pulgares haciendo la señal de que todo iba a salir bien.

Pero el camino no está siendo nada fácil. Aunque los dos quedaron elegidos rápidamente en dos equipos diferentes. Jairo probó primero en Boca Juniors, lo metieron a jugar en el segundo tiempo y lo sacaron a los diez minutos: “Me puse a llorar sin que los profes se dieran cuenta —recuerda—, y me dijeron que no”. Al otro día probó con Real Antioquia. “Yo dije: aquí me hago matar, porque si no es en este equipo ya no me eligen”, asegura Jairo mientras su hermano lo interrumpe.

—Ese día jugaron un amistoso contra Boca y les ganaron, ¿y sabe que le dijo el técnico de boca? Dígale lo que le dijo.

—Dijo que para qué lo dejamos ir —continúa Jairo—. Al otro día llamé a mi papá y le conté.

Para Rodin fue diferente. Esta era la tercera vez que se había propuesto venir a Medellín. La primera vez que intentó pasó toda la noche sin dormir, al otro día llegó al terminal y se dio cuenta de que el viaje se había cancelado, entonces volvió a su casa a desempacar los sueños. La segunda vez no pudo, no alcanzó a conseguir el dinero, y esta vez, la tercera y por fin vencida, fue asustadora en un principio. “Yo tenía en la mente que no salía, entonces le decía a mi papá: no papi, mejor no me mande. Hasta que él se decidió a mandarme”. Recuerda que llegaron a las seis de la mañana a Medellín y tenía que probarse a las dos de la tarde en un

equipo, pero a las once de la mañana se fue a jugar fútbol con los compañeros de la casa. Ellos lo alentaban y le decían que él podía quedar en cualquier equipo; el “pibe” se mantuvo incrédulo hasta que alguien más lo vio jugar ese partido de recocha y le dijo: espere que yo lo llevo a mi equipo, Juventud Bello, que es bueno. Usted juega mucho, preséntese en mi equipo”.

El martes llegó al entrenamiento y trotó con los demás, al terminar el calentamiento los pusieron a jugar. “Me dieron un peto y entré”, recuerda.

—De que juega —le preguntaron.

—Volante seis —la misma posición de su padre—. Y me fui pal medio e hice desastres, por mi papá, por mi mamá, por todos. Cuando acabé el entrenamiento me llamaron.

—Tráigame todos los papeles que usted se queda en este equipo.

—¡Y yo más contento!, llamé a mi papá para contarle.

“El fútbol no es de talento únicamente”, asegura Fredy Candanosa, agente Fifa y quien descubrió a Camilo Zúñiga, el lateral que representó a Colombia en el Mundial de Fútbol de Brasil 2014. Y destaca lo que para él son los ingredientes clave de un futuro profesional. “Lo que se busca es: el talento nato, la disponibilidad para dedicarse al deporte, el biotipo y la edad. Lo demás hace parte de la formación y la educación”.

Dice Arturo Brizio, el árbitro ahora retirado y famoso por expulsar a Zinedine Zidane en el mundial de Francia 98, que “el fútbol nace como un juego, se convierte en deporte, pasa a ser un espectáculo y termina siendo un negocio”. Y es ahí donde empieza lo más difícil para los de Chigorodó. Además de aguantarse el Carve y las largas caminadas, les toca soportar las ingratitudes del negocio de las emociones, como muchos conocen al fútbol. Porque además de la disciplina para entrenar, la paciencia para esperar que algún agente o equipo grande los vea, la determinación para aguantar el estar lejos de casa y el tanto de suerte para no lesionarse, también deberán esquivar las mafias que a veces se dan, o a aquellos técnicos que les cobran a los jugadores por ponerlos a jugar.

Pero, ¿qué es lo que tiene el fútbol que tanto apasiona y que amerita cualquier sacrificio?

“El fútbol —dice Diego— tiene tantos ingredientes que es demasiado bueno, te enamora, te apasiona, te da rabia, te da alegría, llorás, reís, te emocionás, te comés las uñas, te da euforia”. Para Arley, es más que una profesión, una forma de vida, “algo que si se te dan las cosas podés poner a vivir bien a tu familia, es mirar hacia el futuro”. Mientras para Leo “es una sensación en el cuerpo,

es como una alegría, pero no te podría explicar en sí lo que se siente, es una sensación buena, es correr, lo que se siente cuando la gente te aplaude, tanta es la alegría que nosotros ya como profesores armamos cotejos con los jugadores para sentirlo otra vez. Esa emoción te transmite mucho”. Una vez a la semana está el “picadito” entre profesores y jugadores, los profesores demuestran veteranía y los más jóvenes muestran esa fuerza y esa voluntad. La serie va 4-3 ganando los entrenadores, se sienten como en una final.

El fútbol es universal, emocional y hasta irracional. El fútbol hace de los hombres niños corriendo detrás de una pelota, y de los niños, hombres, porque sobre esa pelota construyen sus vidas.

Camilo Zúñiga mostró temprano sus habilidades, a los quince años vino de la mano de Candanosa a probarse con Atlético Nacional y salió escogido: “nosotros vimos ese talento y decidimos traerlo a Medellín, y desde el primer día los que estaban allí en el club supieron que debían vincularlo al equipo —asegura el agente—. Descubrir un futbolista no es algo complicado, porque los buenos jugadores siempre tienen ese talento que cualquier persona, me atrevo a decir, sin necesidad de ser cazatalentos, ve esa destreza”.

Don Jairo lo ve en sus hijos, y les dio la confianza para que vinieran a Medellín y convencieran a otros de que juegan bien, que son buenos futbolistas y van a triunfar. El padre les ha insistido siempre: “Usted no se crea nadie, sea usted mismo, cuál Messi ni qué nada, sean ustedes, Jairo y Rodin”.

—Cuando íbamos a jugar, mi hermano decía: hay cambio, entra Messi por Iniesta —comenta Jairo.

—Y salía yo mismo y volvía a entrar —agrega Rodin.

—Y ahí fue cuando lo bravió mi papá y le dijo: no mijo, sea usted mismo, diga: sale Iniesta y entra Rodin.

Los hijos están convencidos de que su padre es el “maestro”, el mejor jugador del mundo. Cuando se les pregunta a los hermanos cuál es el jugador que más admiran, al que creen el mejor, sin dudar responden que es su papá. Por su parte don Jairo admira también a sus hijos, y en cada juego los hace sentir los mejores.

“Una vez me fui a jugar con mi papá a Apartadó, yo era un pelao como de quince años, y estaban jugando puros adultos en la empresa donde trabaja mi tío. Era una cancha grandísima, yo era el más pelaíto y además era chaparrito. Y mi papá me mandó un pase largo y me dijo, vamos mijo que usted puede, corra. Yo corrí y lo alcancé a coger en toda la raya final. Mi mamá ya le había dicho: no Jairo, por qué le ponés pases tan largos a Rodin si no alcanza. Pero ese día yo lo alcancé en toda la raya, entré al área, amagué que iba a pegar y entró un compañero de mi equipo,

se lo puse y gol. Ahí llegó mi papá y me abrazó y me dijo, sí ve mijo, así es, hay que meterle ánimo, y me cargaba”.

Tanta confianza y apoyo ha hecho de los hermanos personas seguras y decididas, que se han propuesto a toda costa construir sus vidas sobre el balón. Y esa seguridad y motivación, sumada al talento, la disciplina y la entrega, son los ingredientes básicos para ser profesional. Pero son las ganas y la determinación lo que para el agente Fifa hace resplandecer al verdadero jugador en el campo: “Unos le llaman suerte, pero la suerte no existe para mí, ni la mala suerte, solo existe la creación de cada persona, y esa creación es a lo que yo llamo su ángel, su otro yo, su propia creación, y eso en última instancia es lo que determina el futuro, lo que muchos llaman destino”.